



LOS PINTORES

DOMINGUEROS

Por Carlos RIBERA

En mis tiempos—ahora creo que cada vez menos—, abundaban los que inclinados instintivamente por el arte, no acababan, sin embargo, de decidirse por el estudio y el ejercicio sistemático, sin los cuales ni aun el mejor dotado puede pretender llegar a realizar algo estimable en el campo difícil de la manifestación plástica. Así, entre la multitud de estudiantes de institutos y universidades, y, con gran frecuencia, entre los funcionarios privados o del Estado, surgían los aficionados practicantes de la caricatura.

Esta vocación, era generalmente nacida al socaire de las caricaturas de personajes destacados de la actualidad que tenían su eco diario en los periódicos y revistas. El inquieto por esa graciosa actividad, solía tener un verdadero furor productivo. Quiero decir de producción, no de re-

compensa, pues la gran característica primordial de todo artista no profesional, es una increíble abnegación que le empuja al regalo continuo, pensando sólo en su satisfacción íntima y, quizás, un cauteloso premio por el halago del público obsequiado.

El único peligro del caricaturista amateur era que acertara plenamente en su diseño y pudiera caer éste en manos del catedrático o del jefe que sirvieran de modelo, el cual se molestaba profundamente y montaba en cólera en proporción del acierto del artista, perjudicando su porvenir inmediato o lejano.

Otro tipo de caricaturista, y éste admirable también por su vocación y su profusa actividad, era el siluetador con tijeras. El que nacía con ese don—el manejo ágil y

certero de la pequeña tijera—, admiraba siempre por su rapidez de ejecución y la efectividad en el logro, y aunque solía amanerarse pronto, por repetir siempre lo mismo, suplía con creces la falta de expresividad realista con la amabilidad de unas realizaciones que incitaban a la conservación, planchadas entre las hojas de un libro preferido.

Ya entre los aficionados caseros, los que en solitario, sin exhibiciones públicas, iban haciendo morosamente sus trabajos en días festivos y aprovechando horas fuera de la ocupación básica de su vida, estaban los copistas, preferentemente con pintura al óleo, los cuales en el silencio y tranquilidad del hogar, reproducían fotos de cuadros famosos de museos, o, sencillamente, cromos de calendarios, pasándolos al lienzo, y conquistando así la ilusión de una producción artística de alta categoría. Luego, en una esfera más elevada, existían los pintores festivos de bodegones o flores, también en lienzo o cartón, y en algunos casos de aficionados femeninos, pintando, sobre telas de seda, bonitas y caprichosas guirnaldas de flores, de aire un poco monjil.

Pero el clásico, el auténtico pintor dominguero, era, sin duda, el paisajista al óleo. Consecuencia de la resonancia de los artistas impresionistas, esta afición por el paisaje al aire libre va pasando de tal modo, que ya es muy raro ver algún joven muchacho o un señor maduro pintando del natural, con toda su buena fe, los domingos de buen tiempo. ¿Por qué? ¡Ah, señores, ha aparecido una cosa que se llama «abstracto», que ha invadido con mil formas el mundo artístico de nuestros días! La realidad visual ha quedado marginada para el pintor y ha pasado al feudo de la fotografía y el cine, con un acierto harto discutible, pero que es un hecho evidente e incuestionable, y como lógica consecuencia, el artista profesional y de rebote el aficionado, huye de la representación de lo que tiene delante para dedicarse al invento imaginativo de formas, calidades y coloridos, cuanto más originales y chocantes mejor.

El gran fallo del paisajista dominguero era que, inconscientemente, tenía en la mente un autor determinado, que era el que más le atraía y al que perseguía imitar, no sabiendo, por su falta de preparación estética y técnica, que lo más valioso de un artista es precisamente su punto de vista personal. De esa forma, pocos artistas domingueros han pasado a la historia del arte, siendo en realidad una verdadera excepción, una rareza, el caso resonante de Rousseau «el aduanero», al destacar y ser estimado como un verdadero creador, aunque esté prebautizado con la advertencia clasificadora de «naïf», esto es, ingenuo.

Recuerdo un caso de aficionado dominguero, un funcionario de Correos, pletórico de buena fe y de voluntarioso ingenuo. Este señor, oriundo de Navarra, tenía la obsesión de pintar el paisaje de su tierra, lo que hacía aprovechando sus vacaciones. El problema para él era que nunca había dibujado, que no había aprendido nunca el ejercicio del dibujo, y en vista de ello, y considerándose con capacidades coloristas, ideó un sistema propio para suplir ese defecto básico de formación artística. Se hizo un marquito de madera reticulado con finos hilos, y en el cartoncito donde iba a pintar reprodujo exactamente dicha retícula con

trazos de lápiz. Colocó un clavo en el caballete de pintar donde colgaba el marquito reticulado, y con ese apoyo observaba el paisaje a través de la retícula e iba reproduciendo el tema en el cartón, cuadrito por cuadrito. Naturalmente, tardaba muchísimo en realizar una pequeña obra, tanto que a veces tenía que interrumpirla y terminarla el año próximo, en las otras vacaciones. Ejemplo increíble de tenacidad, vocación y solución personal al problema de la falta de formación.

De una manera u otra, aunque el resultado de la obra del pintor dominguero ha solido ser de muy escaso valor, nadie le puede quitar la satisfacción de la creación y el ejercicio de una actividad mental que, se ha demostrado con creces, es sumamente sedante y de resultados positivos evasivos. Esa evasión—palabra de moda—, mejor dicho, esa eficacia en la evasión, se evidencia al comprobar la frecuencia con que los hombres públicos, los políticos cargados de duras responsabilidades, ejercitan el arte de la pintura por simple afición. Recordemos las acuarelas de don Antonio Maura, los óleos de Churchill...

Y finalmente, brindemos un recuerdo por esa especie extinguida, o en trance de extinción, que es el pintor dominguero, expresándoles nuestra simpatía y haciendo votos para que pueda volver a resurgir, ya que entre los quehaceres inofensivos y de fines elevados, se puede contar con justicia entre los primeros el pintar un paisaje cara a la naturaleza, en las horas apacibles de un bien ganado descanso.